

De los detalles al todo: historia cultural y biografías globales*

From details to the whole: cultural history and global biographies

Anacleto Pons

apons@uv.es

Profesor

Universitat de València

Avda. Blasco Ibáñez, 28

46010 - Valencia

España

Resumen

Este artículo aborda algunas de las nuevas direcciones de la historia cultural. En particular, los trabajos de algunos estudiosos que emplean una perspectiva global. Esa elección plantea algunos problemas, sobre todo los relativos a las aparentes contradicciones entre la tradicional mirada micro, que ha sido característica de la historia cultural más significativa, y la macro, en la que acostumbraba a primar el análisis económico o político. ¿Cómo analizar un individuo desde una perspectiva global? Utilizando principalmente las reflexiones de Peter Burke o Natalie Zemon Davis, el artículo expone que esa preocupación es un asunto actual, propio de una época de interconexión acelerada, que responde a nuestras necesidades culturales e intelectuales, permitiendo enriquecer y relativizar nuestras perspectivas. Asimismo, muestra que se trata de un campo emergente que se puede trabajar de distintos modos, incluso desde una perspectiva micro, con las llamadas biografías globales o la microhistoria global. Esos estudios, en realidad, ofrecen ejemplos de intensos encuentros culturales en el pasado, centrándose en los diferentes tipos de intermediarios individuales que los hicieron posibles, experimentando con vidas individuales en contextos globales, conectando las comunidades y el mundo exterior, yuxtaponiendo las perspectivas macro y micro.

156

Palabras clave

Historia cultural; Historia global; Microhistoria.

Abstract

This article discusses some of the new directions taken by cultural history nowadays, with particular focus on the works by scholars using a global perspective. It argues that this choice of a global perspective raises several problems, especially the apparent contradictions between the traditional micro-approaches, typical of cultural history, and the macro ones often used in economic or political analyses. The question is how to deal with individuals from a global perspective. Based on reflections by Peter Burke and Natalie Zemon Davis, among others, the essay shows that this concern is an important issue today, in an increasingly interconnected era, and that it responds to our cultural and intellectual needs, enriching and relativizing our perspectives. Moreover, the text also considers that global history is an emerging field that can be practiced in several ways that include micro- perspectives, as in the so called global biographies or the global microhistory. In fact, these studies present examples of intense cultural encounters in the past, focusing on the different types of individual intermediaries that made it possible, experimenting with stories of individual lives in global contexts, connecting communities and the outside world, juxtaposing micro and macro perspectives. In other words, the life of a single individual may serve to understand the connections across cultures and groups from the perspective of the actors involved.

Keywords

Cultural history; Global history; Microhistory.

Recebido em: 20/10/2012

Aprovado em: 19/1/2013

* Este artículo es parte de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía/European Network on Theory and Practice of Biography (RETPB/ENTPB. HAR2008-03428-E; 2009-2013. MICINN del Gobierno de España).

En texto breve, rotulado con el curioso título de “Entre monos y centauros”, Serge Gruzinski se preguntaba por la relación que pudiera existir entre Ovidio, Tiziano y unos *tlacuilo* de la sierra otomí, en el noreste del valle de México (GRUZINSKI 1997). ¿Qué tienen en común – conjeturaba – el pintor veneciano del siglo XVI, el poeta latino del primer siglo de nuestra era y unos artistas indígenas anónimos del último tercio del quinientos? La pregunta puede parecer irrelevante u osada, pero en ningún caso deja indiferente al lector. Es más, hay un aire de familia en tal planteamiento: esa cuestión guarda ciertos parentescos con aquellas que durante años se han planteado determinados historiadores culturales, al menos en algunos de sus libros (SERNA; PONS 2013). A la postre, quizá resuenen los enigmas que tantea Carlo Ginzburg cuando relaciona las ideas de un molinero friulano con mitos antiquísimos y remotos, propios de la tradición védica, o cuando aborda sistemáticamente fenómenos muy heterogéneos a partir de sus afinidades formales. De hecho, esa frase, la de ¿qué tienen en común?, es casi un sello característico en el quehacer del italiano, pero no solo en el suyo. Podemos aventurar que eso no es muy distinto de lo que subyace en la comparación entre esas formas de vida que componen Marie de l’Incarnation, una religiosa católica, Glikl bas Judah Leib, una judía acomodada, y Maria Sibylla Merian, una naturalista protestante, las tres mujeres en los márgenes que investigó Natalie Zemon Davis.

Pero hay algo que nos desconcierta, porque mancomunado a Gruzinski con Ginzburg o con Davis puede parecer a simple vista contradictorio. Al primero lo tenemos por representante de cierta forma de la historia global, mientras a los segundos los entendemos como estudiosos centrados en lo local, en casos concretos; por tanto, nos cuesta eliminar esas fronteras y conectarlos, relacionar una cosa con la otra, las prácticas o las vidas que analizan de cerca con una perspectiva macro. Sin embargo, esa es una impresión en buena medida errónea. Para comprenderlo, para entender algunos de los caminos que ha seguido la historia cultural no hay mejor paliativo que acudir a quien se ha empeñado en definir la corriente que aquí tratamos y aclarar su significado.

157

Una historia cultural híbrida

Desde finales de los años noventa, Peter Burke ha venido insistiendo una y otra vez sobre la relación que existe entre la historia cultural y la mirada global. En 1997, en el volumen *Formas de historia cultural*, el historiador británico señala el interés cada vez mayor por los encuentros culturales, sean en forma de choques, de conflictos, de competencia o de invasión, tengan resultados destructivos o enriquecedores. Lo entiende como algo lógico, derivado de las demandas del presente, de una época marcada por “unos contactos culturales cada vez más frecuentes e intensos”. Es más, ya en aquellas fechas propone integrar esos estudios sobre el encuentro y la interacción “en las prácticas y representaciones que Chartier ha descrito como los principales objetos de la nueva historia cultural”. Por supuesto, y dados sus referentes habituales, sobre todo Bajtin, tal perspectiva habrá de ser plural, polifónica, para reconfigurar ese objeto. La historia cultural, añade, tiene ante sí una ambiciosa empresa:

el estudio del “proceso de interacción entre diversas culturas, entre hombre y mujer, la ciudad y el campo, católico y protestante, musulmán e hindú”, etcétera, en el cual “cada grupo se define en contraste con los demás, pero crea su propio estilo cultural [...] apropiándose de formas de un fondo común y reuniéndolas en un sistema con un nuevo significado” (BURKE 2000, p. 252, 257, 260, 264).

La misma idea es retomada en 2004, en *¿Qué es la historia cultural?*, con algunos añadidos que la refuerzan. De nuevo asoma el término “encuentro”, cuya aparición Burke sitúa en 1992, con motivo de las celebraciones del quinto centenario de la llegada de Colón a tierras americanas, afirmando que los historiadores culturales muestran una preocupación cada vez mayor por esa idea, presentada ahora en términos de traducción, criollización o hibridismo. Pero ese interés no es una simple ampliación del campo de estudio, sino que obedece a unas razones concretas. La historia cultural, dice entonces el autor, lleva dos décadas en danza y ya no produce las obras innovadoras de los primeros tiempos. Si a ello se añaden las críticas recibidas, se comprenderá la necesidad de cierta renovación, la exigencia de expandirse por nuevos territorios. De hecho, es precisamente eso lo que garantiza un futuro despejado a sus practicantes, porque los “encuentros culturales” son un campo que suscita enorme interés y porque en él se han ofrecido algunas de las soluciones a las dificultades suscitadas. Y así, “un motivo por el que es poco probable que desaparezca la historia cultural, pese a las posibles reacciones en su contra, es la importancia de los encuentros culturales en nuestra época, lo cual provoca una necesidad cada vez más apremiante de comprenderlos en el pasado” (BURKE 2006a, p. 146).

158

Por supuesto, Burke lo señala y lo practica, como se puede ver en su libro de ese mismo año sobre *Lenguas y comunidades en la Europa Moderna*, en el que estudia las lenguas como ejemplo del cambio cultural, subrayando los préstamos lingüísticos y haciendo una historia comparada. Pero es en las obras teóricas donde no se cansa de defenderlo. Lo hará una vez más en 2005 y, de forma significativa, cuando reedite un trabajo antiguo, *Sociología e historia*, ahora con el título de *Historia y teoría social*. Es significativo porque, para la ocasión, añade nuevos capítulos, uno de los cuales lleva precisamente por título “poscolonialismo e hibridez cultural”. Para Burke, en la senda abierta por Edward Said, el poscolonialismo aborda dos grandes temas: la identidad y la hibridez. Esta última remite a la mezcla y a la adaptación, a la traducción, etcétera. Y la conclusión es idéntica: “la concentración en el intercambio y la mezcla significa una renovación del estudio de la historia cultural” (BURKE 2008, p. 158). Asimismo, hay otro capítulo inédito que el autor dedica a “posmodernidad y posmodernismo”, una de cuyas manifestaciones es la crisis de los grandes relatos en torno al ascenso de Occidente y la voluntad de descentrar la historia del mundo, de “provincializar Europa”. En suma, una nueva “historia del mundo”, cada vez más abundante porque responde a la propia “globalización”, a una mayor conciencia del conjunto en el que vivimos, a la creciente intensidad de las comunicaciones intercontinentales.

Además, todo ello se repite y se condensa en el volumen *Hibridismo cultural*. Las ideas son las mismas, las que viene defendiendo desde finales de

los noventa: "es normal que en una época como la nuestra, caracterizada por frecuentes e intensos encuentros culturales de todo tipo, nos preocupe este tema. La globalización cultural más que homogeneizar ha hibridado". Todo es híbrido, los textos son híbridos, las prácticas son híbridas y los pueblos son híbridos. Por tanto, los académicos se enfrentan a la necesidad de estudiar "las situaciones, contextos y escenarios en los que tienen lugar los encuentros culturales" y a la necesidad de encontrar los términos adecuados para describir ese proceso: sea "hibridismo", "crisol", "traducción" o "criollización" (BURKE 2010, p. 64).

Es decir, no solamente la historia cultural ha encontrado un camino que le asegura su pervivencia y desarrollo, sino que viene a solucionar parte de sus problemas, incluso su mismo agotamiento como corriente. Lo cultural, dice Burke, está hoy en lo global, en el estudio de los encuentros, en la hibridación presente y pasada. Pero si, como él mismo reconoce, los mejores y más claros ejemplos de interacción cultural los encontramos en la historia de los imperios, en los momentos de contacto entre distintos pueblos y civilizaciones, la pregunta es cómo compaginar esa mirada macro con la perspectiva micro, cómo armonizar a Gruzinski con Ginzburg o Davis.

Problemas de perspectiva

Retomemos la pregunta inicial o uno de sus aspectos. Los calificuemos o no de historiadores culturales, Ginzburg y Davis utilizan la escala microhistórica para reconstruir las vidas que estudian, mientras que la mirada que caracteriza la obra de Gruzinski es mucho más amplia, macrohistórica en buena medida. Así pues, si nos atenemos a las fronteras académicas, o a la imagen que de ellas solemos transmitir, diríamos que entre una y otra perspectiva no puede haber puntos de contacto, más bien se oponen. Francesca Trivellato, examinando este asunto en un volumen de homenaje a Giovanni Levi, nos lo ha recordado: quienes emplean el microanálisis hacen un uso intenso de las fuentes primarias, mientras un trabajo de signo contrario se basará en las secundarias; asimismo, una mirada macro preferirá cubrir siglos, cuando no milenios, con un repaso veloz a hechos y procesos, lo que se opone a la aproximación sincrónica, atenta a la interconexión entre diversos fenómenos; de ese modo, si el microhistoriador se interesa por los hombres de carne y hueso, buscando la complejidad en lo simple, su contraparte se preocupa por situar a Europa en una perspectiva comparada, simplificando para generalizar (TRIVELLATO 2011a). Levi lo expresa de otro modo en esa misma obra: los historiadores no deberían generalizar sus respuestas, pues la historia es la disciplina que generaliza sus preguntas, es decir, plantea cuestiones que tienen un significado general y reconoce que las posibles respuestas son infinitas, según el contexto local. Eso no significa que los microhistoriadores no hayan introducido una perspectiva más general en sus trabajos; lo que ocurre es que lo hacen a su modo: bien con una amplia recopilación y lectura de los documentos, que les permite situar lo que estudian en un contexto amplio, conectando acciones y creencias de un individuo con las de otros coetáneos; bien distanciándose de la fuente, lo cual les facilita identificar ecos y filiaciones en otros textos más o menos alejados (LANARO 2011).

Entonces, ¿son compatibles esas dos propuestas? Por extraño que pueda parecer, así es, aunque solo sea porque en los últimos tiempos ha habido intentos en tal sentido. Si hablamos de encuentros, como sugiere Peter Burke, hemos de convenir en que ha habido una pequeña explosión de estudios sobre personas, conocidas y desconocidas, que vivieron a caballo de distintos mundos y que los mezclaron o que, sin haber experimentado ese viaje ni mantenido tales encuentros, sirven igualmente para establecer esa suerte de microhistoria global. En realidad, el propio historiador británico lo había adivinado o advertido años atrás. A principios del nuevo siglo, con motivo de una nueva edición de su *Formas de hacer historia*, introducía un breve prefacio para informar de los añadidos ahora incorporados, para incluir la investigación reciente en la historia de la lectura, historia intelectual y la microhistoria. A esta última, además, le dedicaba un apartado específico, un apéndice titulado "El debate de la microhistoria". Puede que los historiadores, como los médicos, decía en aquel colofón, tengan que aprender a convivir con conceptos alternativos y en apariencia incompatibles, es decir, puede que las partículas de microhistoria tengan que coexistir con las ondas amplias de la macrohistoria, vincular lo microsocioal con lo macrosocioal, las experiencias con las estructuras, las relaciones personales con el sistema social o, en suma, lo local con lo global. Así pues, si no queremos que la microhistoria se convierta en escapismo, hemos de perseguir ese tipo de conexión en apariencia contradictoria y, para ello, quizá haya que prestar más atención a los diferentes tipos de intermediarios entre comunidades y mundo exterior o quizá tengamos que retroceder y avanzar entre los dos niveles (BURKE 2003).

Pero que se defiendan esa propuesta o que haya ejemplos que la concreten no evita los problemas; en cierto modo, los enfatiza. Burke citaba entonces algunos casos, pero podemos tomar uno más reciente, el estudio sobre *Three Ways to Be Alien* que nos ofrece Sanjay Subrahmanyam, un historiador que comparte perspectiva con Gruzinski y sobre el que volveremos más adelante. Introduciéndonos en la vida de un aventurero y notable bereber del quinientos, Subrahmanyam se pregunta lo mismo que los microhistoriadores y se cuestiona por las posibilidades de la biografía dentro de esa empresa. Abordar las vicisitudes de un individuo reproduce, cuando no agudiza, las mismas dudas: cuán típicas o inusuales son las peripecias de determinados individuos, hasta qué punto son significativas, cuáles son los procesos en los que las podemos situar y que definen su trayectoria. La respuesta no es sencilla, pero el intento más satisfactorio es abordar cada una de esas biografías como un puente que nos conecte con otras, una pasarela que haga las veces de enlace entre microhistoria e historia mundial o global y que nos permita salvar la brecha que separa ambas perspectivas. En su caso, tres individuos, tres vidas que transcurren entre 1530 y 1720 y que discurren en un amplio espacio, desde la India hasta el Mediterráneo (SUBRAHMANYAM 2011).

Algo semejante se pregunta Tonio Andrade, por ejemplo, cuando se plantea si podemos escribir a escala individual desde una perspectiva global, a lo que responde con mucho más entusiasmo: esos precedentes han sido exitosos y los han ofrecido académicos que en principio no solemos asociar con

la perspectiva macro. Son trabajos que adoptan una aproximación biográfica a la que inyectan asuntos que son globales: el chino Hu de Jonathan Spence, la Elizabeth Marsh de Linda Colley y el León el Africano de Natalie Zemon Davis serían a su juicio los mejores ejemplos de tal orientación. En esos casos, la persona y la vicisitud reconstruidas servirían para comprender las múltiples y yuxtapuestas conexiones entre culturas y grupos, vistas desde los actores y no tanto desde los contextos y las instituciones que los hacen posibles, que generan incluso los documentos que nos permiten rescatarlos. El resultado es un trabajo que, al centrarse en individuos, al proporcionar perspectivas concretas sobre problemas generales, produce obras fáciles de leer, excitantes incluso, capaces de conquistar a un amplio público (ANDRADE 2010). En fin, se trata de una microhistoria global que busca analogías, conexiones, encuentros entre mundos no fácilmente conciliables.

Pero las dudas permanecen. Para Trivellato, esos trabajos no tienen mucho que ver con la microhistoria en sentido estricto, con aquella corriente que asumía una voluntad crítica con determinadas ciencias sociales, o con algunos de sus modelos, sino que diluye todo eso en aras de conseguir ese público del que habla Andrade y que tiene como único enemigo, como único referente teórico al que oponerse, el modelo del choque de civilizaciones o el eurocentrismo. Los protagonistas de esas microhistorias globales son personas que encarnan la dislocación geográfica y cultural, de modo que no sorprende que a menudo provengan de grupos minoritarios obligados a desplazarse y que, así, jugaron un papel como intérpretes lingüísticos y culturales, no solo en el contexto meramente europeo, sino más allá de esas fronteras, como si ello fuera algo habitual en aquellos tiempos. Y así, aunque sus vicisitudes nacen en contextos de violencia, generada en nombre de una religión dogmática, por razones de Estado o por el contacto entre colonizadores y colonizados, el asunto central son los canales de comunicación y la negociación entre culturas. En lugar de hablar realmente de violencias e incompatibilidad, hablan de encuentros. Ejemplo de ello sería León el Africano, que, por medio de la pluma de Zemon Davis, se convierte en un héroe de nuestro tiempo que sobrepasa fronteras y religiones, alguien que busca un mundo pacífico e iluminado, una figura que trasciende al propio personaje y que, en suma, nada tiene de ejercicio microhistórico, pues el contexto se emplea para rellenar las múltiples lagunas de su vida, pero nada nos aporta para iluminar ese mismo contexto. Más afortunado o más sofisticado sería Spence, que consigue transmitir las desgracias y el suplicio del converso chino que es llevado a Francia. Ese historiador también presenta la negociación entre dos individuos, entre dos personas, pero sin olvidar jamás el poder asimétrico que representan, lo que los separa, asimetría que está en las fuentes y en la realidad de la que hablan.

Digámoslo de otro modo: para Francesca Trivellato, el potencial del enfoque microhistórico para la historia global está poco explotado, pues su conexión se ha limitado principalmente a adoptar una determinada forma narrativa, centrada en la biografía, para conectar los niveles micro y macro. Son estudios de individuos cuyas vidas atraviesan fronteras lingüísticas, políticas y religiosas, vidas que retratan el

entrelazamiento de tradiciones culturales distintas. Se trata de libros, en fin, más atentos a narrar que a la tensión teórica, volúmenes de éxito entre todo tipo de públicos, obras cómodas. Sin embargo, carecen de las ambiciones metodológicas que estaban en el origen de la microhistoria italiana. De ese modo, mientras estos últimos pretenden hacer del pasado un territorio distante y desconocido del que podemos extraer nuevos significados situándolo bajo un microscopio, aquellos destacan por su habilidad narrativa para hacer del pasado algo más cercano, para hacer que los lectores se sientan parte de ese mundo perdido. En esa variación tendría mucho que ver el momento en el que esas investigaciones italianas son traducidas al inglés y cruzan el Atlántico, cosa que ocurre a partir de mediados de los años ochenta, en el momento en el que aparece la "nueva historia cultural", lo que contribuye a esa apropiación selectiva (TRIVELLATO 2011b).

Una excepción sería el trabajo de Emma Rothschild en la medida en que los encuentros interculturales no son la única preocupación de la autora, como sí lo sería en la mayoría de las microhistorias globales aparecidas hasta el momento. Para Rothschild, en efecto, un nuevo tipo de microhistoria es aquel que conecta lo micro y lo macro por medio de la historia de las propias conexiones de los individuos en el espacio y en el tiempo. Su trabajo, afirma, es un nuevo tipo de microhistoria: la familia que estudia, la de los hermanos Johnstone, se mueve mucho, se traslada, es una "*large history*" con relación al espacio; reúne a individuos de diversa condición legal y distintas clases sociales con amantes, criados y esclavos; el análisis cruza fronteras disciplinarias, mezclando vida privada, ideas, familia e historia de la esclavitud; es un modelo distinto, en suma, porque explora nuevas forma de conectar las microhistorias de individuos y familias con los contextos mucho más amplios de los que forman parte, desde una mirada macrohistórica (ROTHSCHILD 2011); una posibilidad nueva porque, hoy, a diferencia de lo que les ocurría a Ginzburg y Poni cuando buscaban el nombre (GINZBURG; PONI 1991), las nuevas tecnologías nos permiten encontrarlo de una manera sorprendente. Así, viene a decirnos, de encuentro a encuentro, se puede pasar de la historia de una familia a la de toda una sociedad, a la de un imperio como el británico en el siglo XVIII.

162

En todo caso, dividamos o no ese tipo de trabajos a la manera que nos propone Trivellato, unos y otros no están muy alejados de lo que podemos leer en los textos más recientes de Carlo Ginzburg, que, a su vez, sirven de inspiración para algunas de esas microhistorias globales. Eso ocurre con el reciente estudio de Roquinaldo Ferreira sobre el mundo atlántico, sobre las conexiones entre Angola y Brasil en tiempos de la esclavitud, quien, además, cita numerosos ejemplos de investigaciones semejantes a la suya. Su propuesta es la de Ginzburg y la de quienes como él definen la aproximación micro diciendo ofrecer descripciones densas de los individuos que estudian sobre la base de un análisis detallado de una vasta y ecléctica recopilación de fuentes primarias, sin olvidar que ese esfuerzo no alcanzaría su máximo potencial si no se conectaran esos casos con los procesos globales (FERREIRA 2012).

¿Pero qué dice ese célebre historiador italiano que pueda servir para esos fines? En uno de sus artículos, un experimento a propósito de la latitud, los

esclavos y la Biblia, nos expone que su acercamiento a la microhistoria ha estado muy influido por el filólogo románico Eric Auerbach. Y se pregunta: ¿cómo se las compone un filólogo, habituado a trabajar con una tradición cultural concreta, para acercarse a un mundo en el que interactúan tantas lenguas, tantas tradiciones culturales distintas? La respuesta sugerida por Auerbach era buscar los “puntos de anclaje”, algo desde lo que reconstruir inductivamente el proceso global. En su caso, el punto de anclaje es un tal Jean-Pierre Purry, al que Ginzburg observa de cerca, pero no para contarnos su peripecia ni para recrearse en ella, sino para responder a otras preguntas, generales, para demostrar que un caso singular, analizado en profundidad, es relevante desde un punto de vista teórico. De haber hecho lo primero, nos dice, de haberse conformado con rescatar del olvido las vidas de individuos o de grupos marginados, entonces la microhistoria sería algo periférico, sin nada que aportar a las teorías dominantes. Esta es su conclusión: una existencia elegida al azar, como la de Jean-Pierre Purry, profeta precoz de la conquista europea del orbe, puede hacer bien visible el intento de unificar el mundo, que es de lo que se trata. Se comprenderá ahora la lectura que de ese caso han hecho aquellos que hemos llamado microhistoriadores globales (GINZBURG 2005).

Conexiones insospechadas

Volvamos a Serge Gruzinski, a su pregunta sobre la posible relación entre Ovidio, Tiziano y unos *tlacuilo* y a su respuesta: puede que la reunión de tres nombres tan distintos la juzguemos extraña y sorprendente, pero los hilos que los unen no lo son. Y no lo son porque juntarlos nos permite comprender mejor la manera en que la cultura del Renacimiento europeo sirvió de enlace, de lenguaje común y hasta cierto punto compartido, entre los invasores europeos y los pueblos indígenas de la Nueva España. Aquí tenemos, resumido en pocas palabras, lo que propone cierta historia global y no parece haber ninguna contradicción, más bien al contrario, entre esa perspectiva y la que hemos visto desarrollar a los denominados historiadores culturales. De hecho, diríamos que en el fondo se preocupan por lo mismo, por los encuentros, los de las gentes del pasado y los del historiador con aquello que estudia. Pero eso no lo aclara todo, porque no toda la historia global es de ese tipo y, por tanto, necesitamos concretar un poco más.

Sabemos que hay un sinfín de etiquetas para catalogar estas obras: *world, global, transnacional, connected, entangled, croisée*, incluso *big o deep*, etcétera. Pero, además, advertimos que muchos de los trabajos más celebrados, como pudieran ser los de Kenneth Pomeranz o Jürgen Osterhammel, no son precisamente estudios de historia cultural, sino que más bien predomina en ellos un cariz económico, propio de quien pretende estudiar el capitalismo, el comercio, la industrialización, etcétera, aunque también se incluyan otros aspectos que podemos calificar de culturales. Entonces, ¿qué es realmente la historia global o como la queremos llamar?

No hay duda de que la idea de una historia general, universal o comparada es algo muy antiguo, aunque también es fruto de ciertas exigencias del

presente: cambios en las capacidades y las fuerzas de los Estados nacionales; las tendencias de la globalización; una nueva comprensión del espacio y el tiempo; la demanda de nuevos relatos, de grandes relatos, etcétera. Es decir, responde a determinadas reivindicaciones, incluyendo las de los estudios poscoloniales, y a nuevas preocupaciones cognoscitivas. Ante tales solicitudes, esa historia mundial aborda relaciones, conexiones de largo alcance, en el espacio y en el tiempo, procesos de intercambio y transferencia como la colonización o las migraciones. Tal área de estudio, más allá de su larga y diversa tradición, empezó a asumir el rótulo de *World History* a partir de los años sesenta, con la obra de William Hardy McNeill. En los años ochenta se crearía la *World History Association*, de la que surgiría en 1990 la *Journal of World History*. Sus principales representantes, como Patrick Manning (MANNING 2003), entienden que se trata de una historia que aborda las conexiones en el seno de la comunidad humana global, que privilegia la dimensión transcultural y que, por tanto, cuestiona el marco de los Estados nacionales. Su objeto preferente suelen ser los descubrimientos y el posterior proceso de modernización a partir de la discusión sobre la superioridad europea y la aplicación de una mirada policéntrica sobre el mundo.

164

Algo semejante se puede decir, aunque con ligeras diferencias, de la denominada *Global History*, que desde 2006 cuenta con la *Journal of Global History*. Patrick O'Brien, su principal impulsor, se decanta más hacia el presente, hacia una historia de la globalización. Se trataría de ofrecer una nueva narración global que pudiera superar siglos de tradiciones eurocéntricas, sinocéntricas e islamocéntricas trazadas por las distintas historiografías. Para ello, es necesario comparar Oriente y Occidente, analizando cómo ambos mundos se condicionan, cómo tal conexión explica su diferente desarrollo; comprender la diferencia y la diversidad, valorando los logros de cada pueblo, comunidad o cultura; en fin, entender esas tendencias aceleradas hacia la interdependencia y la integración a escala mundial que hoy sentimos. Eso, en suma, solo es posible si nos desligamos de las tradiciones nacionales, regionales, étnicas y religiosas, si construimos metanarrativas que puedan profundizar en todo ello, que nos hagan conscientes de que la condición humana siempre ha incorporado influencias globales, que se ha mezclado con elementos locales en todas sus dimensiones esenciales (O'BRIEN 2006).

Más allá de las etiquetas, la cuestión aquí es que tanto una como otra subrayan, como hemos apuntado, la perspectiva económica. La segunda de las mencionadas, además, responde a determinado giro espacial, remite al mundo como espacio; se ha dicho incluso que su práctica sería semejante a la que resultaría de observar nuestro planeta desde un satélite o una nave espacial, señalando así el tipo de procesos a estudiar. A eso debe añadirse una especie de mirada según la cual la historia empieza en el presente, con la actual era de la globalización, a la que se pueden añadir otras eras anteriores dentro de esa nueva larga duración. Así pues, si bien hay muchos historiadores culturales que se han sentido atraídos por una mirada macro, conviene señalar que no ha sido tanto por tales propuestas como por otra cercana, pero no coincidente, que se ha dado en llamar *entangled* o *connected* o *croisée*, según los casos y gustos.

Desarrollada sobre todo en Francia y Alemania, pero no ausente en el mundo anglosajón, nos hallaríamos ante una perspectiva que algunos han calificado de menos radical, más elástica. Se trataría, como ha dicho François Hartog (HARTOG 2009), de revisar o reemplazar unas historias demasiado unívocas, asimétricas, desiguales, escapando asimismo de las cadenas de la historia colonial y nacional. Para ello, el autor no recurre necesariamente a las fuentes secundarias, sino a las primarias, que estudia de otro modo, ampliando la noción de documento y preguntándoles otras cosas. Pero la búsqueda de conexiones, en última instancia, no presupone que exista necesariamente una historia del mundo y una posible perspectiva única de lo posible en ella. Son las conexiones lo que importan y, en ese sentido, lo local se incrusta en lo global y la cultura predomina. Es decir, mientras otros comparan desde un punto de vista externo los objetos analizados, aquí se prefiere la sincronía y la interacción: individuos o grupos no son considerados solo a partir de la relación que mantienen, sino que también son vistos unos a través de los otros, en una intersección o reciprocidad que no los deja intactos ni idénticos tras los contactos experimentados, sino mestizos.

En efecto, esa es la conexión entre los historiadores culturales que hemos analizado; y es asimismo una determinada forma de historia global la que representarían, entre otros, Gruzinski y Subrahmanyam, autores ambos que, además, han mantenido contactos personales o académicos con la mayoría de los estudiosos del tema. ¿Pero qué dicen exactamente? Quizá el que más se haya manifestado sobre el particular haya sido Sanjay Subrahmanyam, para quien son dos los ejes fundamentales que guían su trabajo: se trata de una propuesta contra la historia nacional y, en segundo término, contra el enfoque comparativo, al menos en tanto ese se realice partiendo del elemento anterior. Hablando de historias conectadas (ETTER; GRILLOT 2012), el estudioso indio sitúa su origen en un artículo fechado en 1997. En efecto, esas ideas aparecen en aquel año de forma muy clara, cuando el autor aborda los objetos que son propios de su periodo preferido, lo que denominamos la temprana edad moderna. Sus reflexiones allí van en un doble sentido (SUBRAHMANYAM 1997). En primer lugar, la dinámica de esa época viene determinada, nos dice, por la conexión entre, por un lado, lo local y regional (el nivel "micro") y, por otro, lo suprarregional e incluso global (el nivel "macro"). Para el historiador que está dispuesto a rascar debajo de la superficie de sus fuentes, nada resulta ser lo que parece en términos de fijación y arraigo locales. Metodológicamente, eso plantea un problema no sólo al patriotismo local, sino a la fragmentación metodológica proclamada a los cuatro vientos por algunos de los posmodernos como única alternativa a la Gran Narrativa de la Modernidad. A partir de esa premisa, Subrahmanyam se pregunta cómo interactúan esas dos esferas, a lo que responde de forma no muy distinta a la que ya estamos acostumbrados en los historiadores culturales, con ejemplos de casos concretos. Para mostrarlo, utiliza incluso un incidente trivial, una discusión religiosa sobre el inminente fin del mundo entre el emperador mogol Akbar y el jesuita Antonio Monserrate, un suceso a través del cual vemos que lo local, lo específico, adquiere significado cuando lo situamos en un contexto más amplio,

regional y suprarregional. O, dicho en sus propios términos: sea cual sea el asunto abordado, no se puede intentar su “macrohistoria” sin ensuciarse las botas en los pantanos de la “microhistoria”.

En segundo lugar, cuando indicamos que vamos a estudiar las conexiones supralocales en el mundo moderno, tendemos a centrarnos en fenómenos tales como los flujos de metales preciosos y su impacto, las armas de fuego, la llamada “revolución militar” o la circulación de renegados y mercenarios. Pero no es solo eso lo que fluye: las ideas y los constructos mentales también lo hacen, atravesando las fronteras políticas de aquel mundo y dejándonos ver que aquello con lo que estamos tratando no son historias separadas y comparables, sino conectadas. El hecho de que Akbar y Monserrate pudieran conversar sobre el inminente fin del mundo refleja obviamente esos hechos.

Subrahmanyam ha ido incluso más lejos, señalando la falsedad de la idea según la cual solo Europa poseyó formas reconocibles de historia y que la expansión permitió exportar esa forma de conocimiento a las colonias (NARAYANA RAO; SHULMAN; SUBRAHMANYAM 2003). Frente a esa aseveración, él entiende que la historia no es un único género, sino muchos, y que ha habido distintas formas de escribir sobre el pasado, de modo que la única división posible es la que separa a las sociedades que veían el pasado históricamente de las que no lo hacían así; algo que, en todo caso, cambió a lo largo del siglo XVI, pero no solamente en Europa, sino también en Asia. Desde entonces, la historia universal simétrica y ordenada dejó paso a su contrario, a una mirada mundial acumulativa, incluso desordenada.

166

No obstante, las cosas no son tan simples como a primera vista parece. Si bien Subrahmanyam se preocupa por los tráficos culturales y valora la reducción de la escala, hay algunos aspectos de sus colegas que discute. Ante todo, al combinar las dos perspectivas, al no partir de una de ellas, ve en la modernidad un fenómeno a la vez global y localizado, en el sentido de que se refiere a procesos históricos concretos que ponen en contacto a sociedades que hasta ese momento estaban desligadas unas de otras, fenómenos como la exploración, el comercio o la expansión de las monarquías europeas o del imperio mogol. Ahora bien, eso no significa uniformidad y prosperidad, sino que tales relaciones fueron desiguales y, bajo tal asunción, no es tan entusiasta como Natalie Zemon Davis o Carlo Ginzburg sobre la posibilidad de que la microhistoria pueda capturar el macrocosmos por sí misma; y, sobre todo, es menos optimista que sus colegas sobre la forma de presentar las vidas que estudian: en ocasiones, se da una imagen de esos sujetos excesivamente blanda, mientras que Subrahmanyam prefiere recordar que en el contexto de las historias conectadas suele predominar el conflicto, aunque esté “contenido”.

Recordemos que este último historiador remite el origen de su propuesta a un artículo aparecido en 1997, un aspecto que no es menor, como no lo es su biografía y sus relaciones personales. En sus inicios en la Delhi School of Economics se había preocupado por la economía comparada, hasta que, en 1995, se traslada a París como “*directeur d'études*” de la EHESS. En 2002, pasará a ocupar en Oxford la recién creada cátedra de Indian History and

Culture, lugar que abandonará en 2005 para dirigir el nuevo Center for India and South Asia de la UCLA, donde, durante unos meses, coincidirá con Ginzburg, hasta que este regrese a Italia. Esta biografía es importante por diversas razones, una de las cuales es que su llegada a París le permitirá contactar con el grupo de Serge Gruzinski. En efecto, en 1994, Nathan Wachtel y este último habían creado en l'Ecole un centro sobre América Latina, antecedente del actual Centre de Recherches sur les Mondes Américains, donde, en 1997, organizaron un seminario sobre las relaciones entre América y Asia. En palabras de Subrahmanyam, desde aquella coincidencia cada uno tiró del hilo a su manera: él centrándose en el mundo euroasiático y Gruzinski por medio de la Monarquía católica, con la diferencia de que el francés analiza la circulación de textos e imágenes dentro de ese imperio y sus periferias, mientras el indio no tiene al imperio como preocupación dominante en su trabajo. Más allá de los distintos espacios u objetos, la perspectiva es concordante.

Por tanto, aunque por diversas razones no siempre se le reconozca su prelación, aunque él mismo suela remitir a su colega indio, fue Gruzinski uno de los primeros en ir más allá de lo comparativo y privilegiar el estudio de los cruces entre culturas, en proponer lo que se ha llamado también una "*histoire croisée*", una manera de trabajar que rompiera los marcos cronológicos y geográficos habituales y desechara el etnocentrismo. Lo que ocurre es que parte de sus textos sobre el asunto, aquellos de mayor consistencia teórica, son posteriores a los de Subrahmanyam y reiteran sus ideas. Por ejemplo, rechaza también la historia comparada, por engañosa, porque acabaría ofreciendo visiones dualistas, con análisis sistemáticamente concebidos en términos de alteridad, cuando las fuentes que él estudia revelarían otra cosa: el fenómeno de la aculturación en la América colonial muestra paisajes mezclados, a menudo sorprendentes y siempre imprevisibles. En eso consistirían las "*connected histories*" que promueve su colega, historias ligadas, conectadas, que se comunican entre sí. Además, se plantea las mismas dudas respecto de la escala de observación. El ejercicio, nos dice, puede privilegiar lo microscópico, realizándose desde una base local, siempre y cuando lo cercano no nos haga olvidar lo lejano, pero puede abarcar también horizontes mucho más vastos, al compás de las ambiciones planetarias aparecidas en distintos momentos de la historia (GRUZINSKI 2001).

Curiosamente, Gruzinski utiliza como Ginzburg el término "puntos de anclaje", para referirse a lo local, a la patria, ese lugar al que uno siempre regresa, para, desde allí, conectarlo con lo global, con ese mundo que Magallanes y Elcano han convertido en un globo que es posible circunvalar, estudiando cómo la expansión ibérica hace emerger ese segundo aspecto y cómo, a su vez, ello redefine lo local, cobrando ambos espacios un nuevo sentido en un proceso paralelo e indisociable. De ahí, finalmente, una de sus más recurrentes propuestas, la de explorar la proliferación de mestizajes en las sociedades sometidas a una dominación de dimensiones planetarias, la de analizar el pensamiento mestizo y todas las otras experiencias que pueden calificarse así. Para eso, toma de nuevo un referente muy querido por los historiadores culturales, la obra de Aby Warburg. Así empieza precisamente el volumen que dedica a *El pensamiento*

mestizo, recordando cómo aquel historiador vinculó la cultura “primitiva” de los indios con la del Renacimiento, cómo mostró que la modernidad había alumbrado unos “destructores fatídicos de la noción de distancia” y cómo se podía retomar su impulso a partir de los indicios que involuntariamente había dejado, detalles y pistas que le conducen a esas “culturas mestizas” (GRUZINSKI 2000, p. 14).

Intercambios culturales

¿Por qué decimos que esas ideas están en Gruzinski mucho antes y, en todo caso, cómo las desarrolla? Si observamos sus textos, veremos que, en los años ochenta, cuando estudia las respuestas indígenas a la dominación española, habla de las nuevas y complejas síntesis que se habían ido conformando, la cristiana y la nativa (GRUZINSKI 1988; 1989). Ambas, viene a decir, se influían mutuamente por medio de un “intercambio cultural cruzado”. Lo más curioso del asunto es que ese término es prestado, pues se toma de Natalie Zemon Davis, que, a su vez, lo remite a Elizabeth L. Eisenstein (DAVIS 1993). Esta última lo aplica al efecto de la imprenta en las élites cultas y en las poblaciones urbanas en la Europa de la Edad Moderna y eso le sirve a Davis para hablar del “intercambio cruzado” entre sistemas que antes “estaban divididos en compartimentos” (EISENSTEIN 2005).

No podemos decir que haya una conexión entre Gruzinski y Davis, más allá de referencias como la mencionada. Sí la hay del primero con Peter Burke, con quien ha coincidido en diversas ocasiones, y existe entre Subrahmanyam y Davis, aunque empieza en época posterior, justo cuando el primero se traslada a los Estados Unidos: de hecho, una de sus primeras actividades será precisamente presentar en 2006 el entonces recién aparecido *Trickster Travels*, acto que tuvo lugar en septiembre de aquel año en el Heyman Center for the Humanities, de la Columbia University y contó con presencia de la autora.

Puede que a algunos les resulte extraña la conexión entre ese tipo de mirada global y la obra de esta historiadora norteamericana, pero en esta ocasión no es ninguna sorpresa. Digamos de entrada que tanto Carlo Ginzburg como ella han reiterado en numerosas ocasiones que su propuesta microhistórica es un proyecto ligado a la generalización. Por ejemplo, en un texto aparecido a principios de los años noventa, Davis indica que la perspectiva micro es uno de los terrenos donde puede saciarse el hambre de conocimiento que acucia a la historia social y cultural o a la antropología (DAVIS 2006a). Pero ha de practicarse correctamente, no como mera encarnación de una imagen más amplia, sino como caso ricamente analizado y disponible para compararlo con otros; de hacerlo así, concluye la autora, dice mucho de la macrohistoria, al mostrar cómo lo local recibe influencias de otros lugares al tiempo que también las remite. A partir de esa idea, y a diferencia de su colega italiano, la estudiosa norteamericana no cesa de referirse a las bondades y los beneficios de una mirada global, insistiendo desde el principio en que al analizar otras culturas era preferible hablar de “encuentros” más que compararlas.

Esa preocupación queda confirmada cuando interviene en el decimonoveno Congreso de Ciencias Históricas (OSLO 2000), dedicado a las perspectivas

de la historia global. Zemon Davis será una de las principales participantes. Su comentario versó sobre si sigue siendo provechoso un único gran relato, si era un objetivo apropiado para la historia global. No lo era, a su juicio, porque ese tipo de narraciones le parecían especialmente vulnerables a los patrones característicos del tiempo y el lugar del historiador, por muy útiles que pudieran ser en determinados casos. De todos modos, añadía, si la nueva historia global y descentralizada descubre trayectorias históricas alternativas, entonces haríamos bien en dejar que nuestras propias historias fueran asimismo alternadas o múltiples. Esa misma idea la reiteró unas semanas después, en septiembre, en el congreso de los historiadores alemanes celebrado en Aquisgrán (DAVIS 2008a).

Para Davis, los practicantes de ese tipo historia tienen una sola cosa en común: reniegan del Estado nacional como marco para sus narrativas, pues se trata de una creación reciente y ya discutible, por lo que se prefiere hablar de regiones o de imperios, de economías, religiones u organizaciones políticas de tipo "*cross-national*". Al margen de ello, manifiestan muchos más desacuerdos entre sí, en sus contenidos y objetivos, que los que en su día expusieron Voltaire o Ibn Jaldún. Unos trabajan con una voluntad comparativa intentando deducir unas determinadas leyes del cambio. Otros conciben lo "global" como un área cuyo objeto son las épocas recientes, desde el siglo XVIII, cuando la gente puede moverse, migrar y viajar, cuando economías y comunicaciones son efectivamente globales y cuando los peligros militares y del entorno proporcionan esa conciencia de globalidad. Finalmente, están quienes lo entienden como milenario y como un campo que, además de personas, trata de ideas, bienes, animales, plantas o microbios. Todos, más allá de diferenciarse por el corto o largo plazo, se centran en las conexiones, los movimientos y la comunicación, pero no aceptan el valor de la microhistoria, porque, a pesar de reconocer su interés, entienden que es perdidamente local e idiosincrásica.

Ahora bien, Natalie Davis afirma que la realidad matiza esas propuestas, ante todo porque el Estado nacional continúa siendo un marco utilizado para pensar la historia política o la social, la de hombres, mujeres, campesinos y burgueses. Y no solo es una opción plenamente justificable, sino, en ocasiones, una necesidad política, apremiante incluso. Dicho de otro modo, ella entiende que los estudios de caso continúan siendo relevantes y que los situamos en un marco concreto, dentro de los límites de un Estado, no por mero capricho, sino porque hemos de tener en cuenta las diferentes variables que pueden afectar los acontecimientos analizados. Sin olvidar que el objetivo no es nunca estudiar lo francés, lo español o lo inglés ni compararlos, por lo que cuando se trascienden las fronteras se hace tomando como base una cuestión temática, como la clase obrera o los patrones religiosos, y no una historia nacional. Tampoco se puede olvidar la dificultad de una auténtica historia global, pues exige unas habilidades y unos conocimientos que solo muy pocos atesoran (como el dominio de distintas lenguas). Añádase a ello que sus resultados suenan a veces muy familiares, conocidos. Así pues, más que amparar ese tipo de historia, Davis prefiere defender la conciencia de lo global y aplicarla a cualquier clase de escritura que vayamos a emprender dentro de la disciplina. ¿Cómo hacerlo? Ante todo,

familiarizando al lector con las muy diferentes formas en las que los pueblos han vivido en el pasado, así como sus distintos “encuentros”, sean violentos o pacíficos, y los variados caminos por los que discurre el cambio.

En su caso, esa conciencia de globalidad le lleva a estudiar “encuentros” históricos entre culturas que se percibían a sí mismas como radicalmente diferentes, sean las relaciones entre cristianos y musulmanes o los contactos entre europeos y africanos (DAVIS 2011a). Nada de eso lo remite a lo que ya hemos visto, sino a los debates suscitados en Princeton por aquellos años, debates que identifica en la figura de su colega Robert Tignor y en su grupo de trabajo sobre el particular (TIGNOR 2002). Aunque en los dos casos haya un difícil equilibrio entre conexión y coerción, entre intercambio y poder, hay diferencias importantes: mientras ella interpreta “episodios individuales”, aquellos desean construir grandes narraciones de la historia del globo. Esa sería su debilidad: infravaloran la importancia de lo local, ignoran historias simultáneas de resistencia y de intercambios culturales, tienden a reproducir la misma narración occidental que pretendían impugnar. La solución que ella propone es sustituir esta última, sea cual sea, por otras variadas y plurales, en diálogo, que tengan en cuenta la persistencia de la historia local en todas sus formas.

De ese modo fue desarrollando Natalie Davis sus ideas sobre el particular, adquiriendo cierto renombre dentro del campo. Como tal, fue invitada de nuevo al vigésimo Congreso de Ciencias Históricas (SYDNEY 2005) para intervenir sobre el asunto. Aunque no pudo acudir, su texto fue publicado de inmediato en Alemania, en un volumen que se ocupaba de la historia “transnacional”, una obra en la que se incluían sendos capítulos dedicados a la historia cultural y a la microhistoria, aunque con planteamientos disímiles y no siempre relacionando ambas corrientes con la perspectiva global. Pero vayamos a su ensayo (DAVIS 2006b). En primer lugar, declaraba que es esencial describir e interpretar las relaciones entre los diversos pueblos atendiendo tanto al intercambio, la comunicación, el comercio y las alianzas, como al poder, la dominación y la resistencia resultante. Ambas cosas, insistía, pueden estar imbricadas, si se entiende el intercambio como coercitivo y la dominación como comunicativa, algo que ella misma había aprendido de sus propias investigaciones, estudiando por ejemplo los contratos matrimoniales, las ceremonias de boda o la vida marital, analizando sobre todo la historia de las mujeres y del género. Así, pasar de esos objetos a las relaciones entre europeos y pueblos indígenas o entre cristianos, judíos y musulmanes no exigía más que aplicar la misma dialéctica del intercambio a la nueva polaridad, la resultante de la dominación y la resistencia. En segundo término, es necesario cuidar nuestra postura interpretativa, dado que abandonar los rígidos esquemas de la modernización, esquemas que privilegian la mirada occidental y que es necesario corregir, no significa quedarnos sin modelos ni ritmos en los que circunscribir lo analizado. Seguramente tendremos que referirnos a las “múltiples modernidades” o a “camino alternativos”, pero eso hace mucho más rico el conocimiento histórico. Finalmente, debemos pensar en el trabajo del historiador de un modo que haga posible establecer una auténtica comunidad global.

Pero quizá el texto en el que Natalie Zemon Davis resume toda su posición sea posterior. En 2010 es galardonada con el premio Holberg y se organiza un simposio en torno a su persona sobre "Doing Decentered History: The Global in the Local", título también de su conferencia (DAVIS 2011a). El ensayo comienza de un modo habitual, semejante al que hemos mostrado para Serge Gruzinski o para el que nos es familiar en Carlo Ginzburg. En El Cairo de 1403, Ibn Jaldún comienza las correcciones finales de su *Muqaddima (Prolegómenos a la Historia Universal)*, el gran estudio en árabe del carácter y la historia de todas las civilizaciones. Dos años más tarde, en París, la poetisa Christine de Pizan hace lo propio con *Le Livre de la Cité des Dames (La ciudad de las damas)*, una innovadora defensa en francés de las cualidades y la amplia gama de logros de las mujeres. A pesar de la coincidencia cronológica, uno y otra estaban separados por sus referencias, por sus círculos y lectores respectivos. Entonces, se pregunta la autora: ¿por qué contraponer ambas figuras? La respuesta, concluye, está relacionada con la atracción aparentemente contradictoria entre lo local y lo global, entre esa historia "descentrada" pero unida en un "mundo globalizado".

Advierte Davis que el descentramiento remite tanto a la posición como al objeto del historiador, de modo que una historia descentrada no aborda el pasado desde el punto de vista de una única parte del mundo ni desde la óptica de los poderosos, sino que amplía su enfoque, social y geográficamente, y presenta un relato a partir de una pluralidad de voces. Entiende, además, que ese cambio de foco tiene claros antecedentes. Si el primer impulso consistió en escribir una historia donde los actores principales fueran el pueblo, las clases bajas, las oprimidas o las subalternas; el segundo redondeó el esfuerzo rescatando a las mujeres y al género. Todo ello según un modelo relacional: hablar de las mujeres es hacerlo de los hombres, los campesinos remiten a los terratenientes, los trabajadores a los patronos. Ahora bien, el descentramiento consiste en que, si bien se tienen en cuenta las diversas partes del conjunto, el historiador intenta que los subalternos, sus prácticas y sus creencias protagonicen el relato.

A esas primeras olas, de carácter social, le siguió otra de índole geográfica, surgida a partir de las preguntas que la primera había planteado, reformuladas ahora en el marco de los movimientos poscoloniales de finales del siglo XX, con un añadido: se estaba trastocando, invirtiendo más bien, la historia de las expansiones y de los imperios. Hubo, por supuesto, reticencias o advertencias. Por un lado, las de aquellos que, como el antropólogo Johannes Fabian (FABIAN 1983), anunciaban el peligro de que, al describir los encuentros con las culturas no europeas, se vieran simplemente como una versión anterior a la propia, una fase previa, cuando tales culturas, subraya Davis, deben ser tomadas como "absolutamente simultáneas y radicalmente contemporáneas". La segunda advertencia proviene de Dipesh Chakrabarty (CHAKRABARTY 2008), que alerta sobre que el pensamiento histórico ha tomado a Europa como modelo exclusivo de modernización, de modo que el resto del mundo estaría siempre en situación de tener que alcanzarla o ponerse al día, cuando Occidente solo representa un camino hasta el presente.

Ese impulso de tipo geográfico conduciría, pues, a esa nueva historia mundial o global, cuyos antecedentes se remontarían incluso al siglo XVII. Ahora bien, lo que se pregunta Davis es si esa es la única forma, la más adecuada, para relatar el pasado en un mundo globalizado. Y su respuesta, como suele ser habitual entre historiadores culturales, es remitirnos a un ejemplo, ilustrar el asunto con esas dos “*local storytelling*” con las que empieza su ensayo, las de Christine de Pizan e Ibn Jaldún, aunque no en sí mismas, sino mostrando cómo llegó a ellas y cómo las investigó. Es decir, es su propia trayectoria personal, su cambiante manera de leer las fuentes, la que va a servir para mostrarnos esos recorridos.

¿Cómo llegó desde sus primeros análisis locales a otros más globales? Por medio de las comparaciones, realizadas inicialmente dentro de Europa. A medida que consideraba la relación de las mujeres con la Reforma protestante y la católica, comprendió las posibilidades y limitaciones de ambas, lo cual le condujo a explorarlas en su *Mujeres en los márgenes* (DAVIS 1999), que era una reflexión sobre las potencialidades creativas de la vida más allá de los centros de autoridad y de conocimiento. Fue esa experiencia la que la cambió como historiadora, porque ya no pensaba en sí misma como “europeísta”, sino como alguien que podía cambiar de lugar. Desde aquel momento, escribir sobre Europa suponía siempre un intento de mirar sus objetos con los ojos de quienes habían vivido o vivían en otras partes del mundo. El primer lugar escogido en esta nueva etapa fue el norte de África, el hogar de Ibn Jaldún, donde la autora se propuso fijarse en aquel personaje al que los europeos llaman “León el Africano”, lo que significaba restaurar lo que subyacía, un musulmán de habla árabe llamado Hasan al-Wazzan. Es decir, no se trata tanto de hacer historia global, sino de hacer historia en un mundo globalizado. Eso es algo que advirtió con agudeza Clifford Geertz al evaluar una de sus obras, la dedicada a León el Africano (GEERTZ 2006). Para el antropólogo, el libro le recordaba el presente, por su conciencia de diferencia religioso-cultural y, a la vez, de contactos, de interacción, de pureza e hibridez, de resistencia y adaptación. La misma mezcla de civilizaciones se da en las vidas de las personas desplazadas y peripatéticas, nacidas en una tradición y llevadas hacia otra.

Ahora, pues, Ibn Jaldún y Christine de Pizan, a los que durante muchos años había puesto en compartimentos separados, podían aparecer como figuras de un mismo discurso, lo cual es una forma de ampliar las fronteras de la disciplina. Para Davis, tomar un momento singular y dos vidas innovadoras a ambos lados del Mediterráneo permite ampliar el marco geográfico y cultural en que los historiadores suelen presentar la producción y circulación del conocimiento. Pero hay una segunda manera de intensificar la conciencia global de los historiadores, sin renunciar al interés por lo concreto o lo local, que es la de centrarse en los casos de cruce cultural. En ese sentido, ella presenta una nueva investigación, centrada entre el Atlántico y el Caribe, en el mundo esclavista del siglo XVIII, en la que analiza cómo las prácticas africanas de adivinación, detección y curación cruzaron el Océano y se utilizaron o se transformaron en las comunidades mixtas de esclavos en las Américas, especialmente en la colonia holandesa de Surinam (DAVIS 2009; 2011b).

Espero, concluye ella y concluimos, que esto pueda mostrar algo nuevo, sea sobre la vida literaria y la composición de libros, sobre la esclavitud, la sanidad y la justicia o sobre la resistencia humana y la improvisación. O, como expone Joan Scott en el citado simposio (SCOTT 2011), la historia no se descentra simplemente porque se otorgue visibilidad a los que hasta ahora han estado ocultos o en sus márgenes. Los relatos, a veces incluso los de los poderosos, revelan la complejidad de la experiencia humana, hasta el punto de que impugnan las categorías con las que estamos acostumbrados a pensar el mundo. Los textos de Davis revelan de muchas maneras esa aseveración al exponer esos fluidos intercambios entre jueces y campesinos o entre protestantes, católicos, judíos y musulmanes. Esa es, diríamos, la manera en la que lo local se conecta inexorablemente con lo global, esa es la historia conectada o cruzada de la que hemos venido hablando. O al menos una de ellas.

Referencias bibliográficas

- ANDRADE, Tonio. A Chinese Farmer, Two Black Boys, and a Warlord: Towards a Global Microhistory. **The Journal of World History**, Hawai, Vol. 21, nº 4, p. 573-591, dic. 2010.
- BURKE, Peter. **Formas de historia cultural**. Madrid: Alianza, 2000.
- _____. (Ed.). **Formas de hacer historia**. Madrid: Alianza, 2003.
- _____. **¿Qué es la historia cultural?** Barcelona: Paidós, 2006a.
- _____. **Lenguas y comunidades en la Europa Moderna**: Madrid: Akal, 2006b.
- _____. **Historia y teoría social**: Buenos Aires, Amorrortu, 2008.
- _____. **Hibridismo cultural**: Madrid, Akal, 2010.
- _____. Cultural History and its Neighbours. **Culture & History Digital Journal**, Madrid, Vol. 1, nº 1, 2012. Disponible en: [dx.doi.org/10.3989/chdj.2012.006](https://doi.org/10.3989/chdj.2012.006). Acceso: octubre de 2012.
- CHAKRABARTY, Dipesh. **Al margen de Europa**. Barcelona: Tusquets, 2008.
- COLLEY, Linda. **The Ordeal of Elizabeth Marsh: A Woman in World History**. Nueva Cork: Pantheon Books, 2007.
- DAVIS, Natalie Zemon. **Sociedad y cultura en la Francia moderna**. Barcelona: Crítica, 1993.
- _____. Beyond Evolution: Comparative History and its Goals. In: WRZOSKA, W. (Ed.). **Swiat historii**. Poznan: Instytut Historii, 1998, p. 149-158.
- _____. **Mujeres de los márgenes**: tres vidas del siglo XVI. Madrid: Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer, 1999.
- _____. Stories and the Hunger to Know (In Lieu of Introduction). In: PROCHÁZKA, Martin (Ed.). **After History**. Praga: Litteraria Pragensia, 2006a. p. 5-8.

- _____. What is Universal about History. In: BUDDE, Gunilla; CONRAD, Sebastian; JANZ, Oliver (Ed.). **Transnationale Geschichte: Themen, Tendenzen und Theorien**. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2006b. p. 15-20.
- _____. Global History, Many Stories. In: OSTERHAMMEL, Jürgen (Ed.). **Weltgeschichte**. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 2008a. p. 91-100.
- _____. **León el Africano: un viajero entre dos mundos**. València: PUV, 2008b.
- _____. Creole languages and their uses: the example of colonial Suriname. **Historical Research**, Londres, Vol. 86, nº 218, p. 268-284, mar. 2009.
- _____. Decentering History: Local Stories and Cultural Crossings in a Global World. **History and Theory**, Middletown, Vol. 50, nº 2, p. 188-202, may. 2011a.
- _____. Judges, Masters, Diviners: Slaves' Experience of Criminal Justice in Colonial Suriname. **Law and History Review**, Cambridge, Vol. 29, nº 4, p. 925-984, nov. 2011b.
- EISENSTEIN, Elizabeth L. **The Printing Revolution in Early Modern Europe**. Cambridge: CUP, 2005 (1983).
- ETTER, Anne-Julie; GRILLOT, Thomas. Le goût de l'archive est polyglotte. Entretien avec Sanjay Subrahmanyam. **La Vie des idées**, 27 de enero de 2012. Disponible en: <http://www.laviedesidees.fr/Le-gout-de-l-archive-est.html>. Acceso: octubre de 2012.
- 174 FABIAN, Johannes. **Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object**. Nueva York, Columbia University Press, 1983.
- FERREIRA, Roquinaldo. **Cross-Cultural Exchange in the Atlantic World Angola and Brazil during the Era of the Slave Trade**. Cambridge: Cambridge University Press, 2012.
- GEERTZ, Clifford. Among the Infidels. **New York Review of Books**, Nueva York, Vol. 53, nº 5, p.23-24, 2006.
- GINZBURG, Carlo. Latitude, Slaves, and the Bible: An Experiment in Microhistory. **Critical Inquiry**, Chicago, Vol. 31, nº 3, p. 665-683, prim. 2005.
- _____; PONI, Carlo. El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico. **Historia Social**, Valencia, nº 10, p. 63-70, verano 1991.
- GRUZINSKI, Serge. **El poder sin límites: cuatro respuestas indígenas a la dominación española**. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988.
- _____. **Man-Gods in the Mexican Highlands: Indian Power and Colonial Society, 1520-1800**. Stanford: Stanford University Press, 1989.
- _____. Entre monos y centauros. Los indios pintores y la cultura del Renacimiento. In: ARÉS, Berta; GRUZINSKI, Serge (Ed.). **Entre dos mundos: fronteras culturales y agentes mediadores**. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1997. p. 349-372.

- _____. **El pensamiento mestizo**. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- _____. Les mondes mêlés de la Monarchie catholique et autres «connected histories». **Annales. Histoire, Sciences Sociales**, París, Vol. 56, nº 1, p. 85-117, ene./feb. 2001.
- _____. **Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización**. México: FCE, 2010.
- HARTOG, François. De l'histoire universelle à l'histoire globale? Expériences du temps. **Le Débat**, París, nº 154, p. 53-66, mar./abr. 2009.
- LANARO, Paola. Entrevista a Giovanni Levi. In: LANARO, Paola (Ed.). **Microstoria: a vent'anni da L'eredità immateriale; Saggi in onore di Giovanni Levi**. Milan: Franco Angeli, 2011. p. 169-177.
- MANNING, Patrick. **Navigating World History: Historians Create a Global Past**. Nueva York: Palgrave MacMillan, 2003.
- NARAYANA RAO, Velcheru; SHULMAN, David; SUBRAHMANYAM, Sanjay. **Textures of Time: Writing History in South India 1600-1800**. Nueva York: Other Press, 2003 (2001).
- O'BRIEN, Patrick. Historiographical Traditions and Modern Imperatives for the Restoration of Global History. **Journal of Global History**, Cambridge, nº 1, p. 3-39, mar. 2006.
- ROTHSCHILD, Emma. **The Inner Life of Empires: An Eighteenth-Century History**. Princeton: Princeton University Press, 2011.
- SCOTT, Joan W. Storytelling. **History and Theory**, Middletown, Vol. 50, nº 2, p. 203-209, may. 2011.
- SERNA, Justo; PONS, Anacleto. **La historia cultural**. Madrid: Akal, 2013.
- SPENCE, Jonathan D. **La pregunta de Hu**. València: PUV, 2009.
- SUBRAHMANYAM, Sanjay. Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia. **Modern Asian Studies**, Cambridge, Vol. 31, nº 3, p. 735-762, jul. 1997.
- _____. **Three Ways to Be Alien: Travails and Encounters in the Early Modern World**. Waltham: Brandeis University Press, 2011.
- TIGNOR, Robert et al. **Worlds Together, Worlds Apart: A History of the Modern World from the Mongol Empire to the Present**. Nueva York: W.W. Norton, 2002.
- TRIVELLATO, Francesca. Microstoria, storia del mondo e storia globale. In: LANARO, Paola (Ed.). **Microstoria: a vent'anni da L'eredità immateriale; Saggi in onore di Giovanni Levi**. Milan: Franco Angeli, 2011a, p. 119-31.
- _____. Is There a Future for Italian Microhistory in the Age of Global History? **California Italian Studies**, California, Vol. 2, nº 1, 2011b. Disponible en: escholarship.org/uc/item/0z94n9hq. Acceso: octubre de 2012.